



LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

Comentario de Unamuno

SOBRE UNA ERRATA

HAY erratas vengadoras. Tal una que se deslizó en mi último comentario en estas páginas, el que rotulé: *Metáforas*. Escribí yo: «... la Armada Invencible que fué vencida en el Canal de la Manga? Pues la Mancha es la de Don Quijote, la de tierra sedienta.» Y los impresores me hicieron Manchas las dos, manchándome así el pedantesco juego de palabras. Justo castigo á mi pecadillo de pedantería, aunque fuese con su granito de humorada. ¿Quién me metió, pecador de mí, á querer traducir un nombre geográfico? Manga de mar es la del canal que separa de Francia á Inglaterra, pero todos le llamamos aquí Mancha. ¿Se le ocurre á nadie llamarle El Puerto á Oporto, ó Río de Enero á Río de Janeiro, ó Puentes á Brujas—que con las brujas nada tiene que ver—, ó Altos Hornos á Essen? No, no traducimos los nombres propios geográficos extranjeros y menos mal si, como hacían nuestros antepasados, los acomodamos. Un caso excepcional es Montenegro, el Tsernagora. Y por allí andan los eslavos del sur—no sud—ó sureslavos—y no *sudslavos*, como no *sudamericanos*, sino *suramericanos*—, á los que muchos les dicen aquí yugoeslavos, siendo así que en ese caso *yugo* es sur.

Y algo relacionado con esto son ya ejemplares las equivocaciones entre Ginebra (Genève) y Génova (Genes), ó el que, tomándolo del italiano, llamaba Mónaco á Munich, la capital de Baviera. ¡Cada cosa de estas que se suele leer en los telegramas de los periódicos! Y eso que desde que nuestros soldados no andan, como los de los siglos XVI y XVII, por Flandes, Italia, Borgoña, en los nombres de sus ciudades los tomamos tales cuales.

Es, además, muy expuesto querer traducir siempre los nombres toponímicos. Figúrense ustedes que tradujesen al francés, inglés, alemán ó ruso el de Buenos Aires. Pues bien: nada tiene originariamente que ver con los aires ni con la bondad de ellos. Y el lector que quiera enterarse bien lo puede ver en una erudita nota del libro que Paul Groussac—aunque escribiendo en español este francés argentinizado no se firma Pablo—dedicó á Mendoza y Garay, fundador y refundador de Buenos Aires, libro de sana historia, de agradable lectura y de curiosas notas.

A Buenos Aires le bautizaron primero con el nombre de Santa María del Buen Aire, una cofradía de mareantes de Se-

villa, ya que sevillanos había entre los que la fundaron. Ese culto de Nuestra Señora del Buen Aire había ido á Sevilla desde Cerdeña—como el de Nuestra Señora de Begoña de Bilbao á Gijón—, ya que en la costa sarda hay un santuario de Madona della Bonaria. De esta Bonaria hicieron los sevillanos el Buen Aire. Y la Bonaria, á su vez, es la transformación en sardo

de un Balnearia latino. Y así se ve cómo el Balnearia latino, que traducido sería *bañera*, ha ido dando tumbos y cambios desde Cerdeña á Sevilla y de Sevilla á las orillas del Plata, donde ha dado Buenos Aires. Todo lo cual detallado y documentado hallará el lector que en ello se interesa en el susodicho libro del Sr. Groussac.

A tales confusiones puede prestarse el traducir nombres propios de lugar, que ya sabemos de quien prefriere escribir Firenze ó Torino á escribir Florencia ó Turín. Un casticismo amigo nuestro, cuando se nos dijo que ya San Petersburgo se llamaba Petrogrado, exclamó: «Llamémosle Ciudad Pedro, como decimos Ciudad Rodrigo, y dejémoslo de *burgos* y de *grados*!» Claro que no le hicimos caso.

¿Qué más? Al ver que las gentes andan preguntando cómo se dice lo de fascismo y hay que explicarles que esa se suonan como en francés *ch—inglés, sh; alemán, sch—*, sonido que se adaptó al castellano del francés *chef, jefe, v.gr.—*, propusimos llamarle fajismo, sobre todo en vista de que del italiano *fascio = haz*, hicimos nuestro fajo, un fajo de papeles, pariente de *faja*. Mejor que hacismo, pues se le conserva el sabor del original y se le apoya en vocablo italiano que ya habíamos acomodado á nuestra fonética.

Claro está que todo esto son minucias y frioleras, pero en algo se ha de pasar el tiempo. Y estas frioleras gustan á mucha gente y hasta apasionan. Como que no suele haber disputas más agrias que las de los gramatiqueros y cazavoquibles. Son terribles los eruditos. Sobre todo cuando caen sobre el *dilettante* (no *dilettanti*), sobre el aficionado. Y luego las cosas que están pasando en nuestra España nos invitan á divertirnos con estas cosas. Y si no, ábrase una enquisa ó encuesta. Y la colé otra vez, porque la *encuesta* se me ha indigestado. Y no saben ustedes lo que es una indigestión de palabras, ¿verdad, D. Antonio?

Y que el impresor vuelva á soltarme otra errata que me dé pie para otro comentario. Y vamos muriendo. GREDOS.USAL.ES